

LAS PÁGINAS VACÍAS

Alejandra Herrera

Me siento como José García, pero sin Josefina Vicens. Cómo romper la blancura de la página con ideas inteligentes y profundas. Ahora yo soy la del problema. Qué fácil decir: "cuánto me conmovió tal película, tal libro, tal música", pero qué difícil explicar por qué, ponerlo en palabras, traducirlo. El inefable poético me ronda; sin embargo, quiero hacer un esfuerzo: soía frente al texto, sin bibliografía ni asideros teóricos. Y así, como José García en *El libro vacío**, me doy cuenta, sin querer, de que estoy entrando en la metaescritura, en el qué y cómo decirlo.

Empezaré por la dedicatoria: "A quien vive en silencio, dedico estas páginas, silenciosamente." (p. 9) Dice Josefina Vicens, y a pesar de la modestia, a mí me suena fuerte, porque me pregunto ¿quién no vive en el silencio? Creo que todos vivimos en silencio, y con esto me refiero al silencio que guardamos en relación a nuestro propio ser. A la imposibilidad, tal vez generada por nuestra época, de hablar fuerte de nosotros: no abundan los interlocutores. A veces rompemos el silencio cuando nos enamoramos, porque entonces sí hay quien escuche, porque entonces sí escuchamos, porque el otro se vuelve un ser extraordinario al

que queremos descubrir, penetrar, agotar. La amistad es otra forma de romper el silencio, es la taza de café, el cigarro, el trago o el pan compartidos; es también la afinidad de valores, de intereses, la posibilidad de crecimiento y de hablar de la vida en términos de existencia. Pero el tiempo, el quehacer cotidiano, las distancias, hacen que esos momentos se adelgacen, se vuelvan cada vez menos posibles. Poco a poco nos callamos, vivimos la vida como si fuera una película que pasa en cámara rápida, y aquello que nos parece significativo y pensamos y repensamos, cuando llega el momento de estar frente a alguien que pueda escuchar, lo callamos porque el tiempo ya le hizo perder peso, se vuelve nimio, superficial, o así lo sentimos. Creo, pues, que todos vivimos en silencio, a pesar del juego que implica la feria de vanidades en que se convierten muchas reuniones, donde todos hablamos de otros para intentar negar nues-

tro silencio, la soledad, el vacío o el miedo a mostrar quiénes somos.

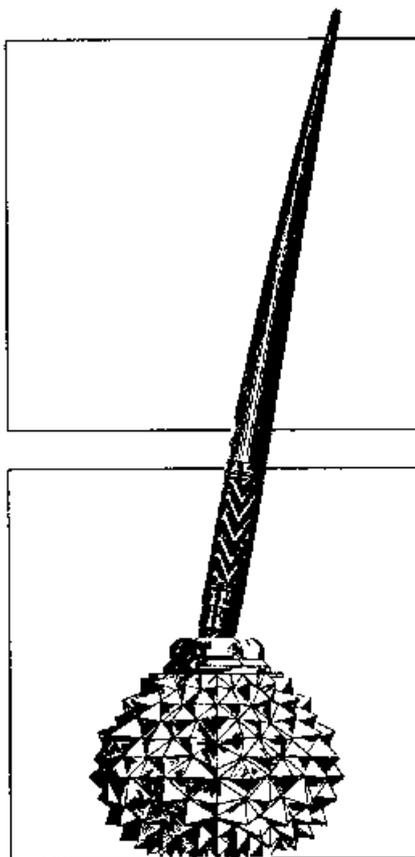
Pero no se trata de hablar, porque el tema de *El libro vacío* es justamente la escritura: qué y cómo escribir. Aquí estamos de nuevo Alejandra / José García: ¿qué escribir sobre este tema? A diferencia de José yo sí tengo un propósito concreto: expresar una emoción estética, José García, no. Para él, escribir es una preocupación vital, es una necesidad que no puede soslayar. Se trata de someter a las palabras, de pelearse con ellas para que no traicionen lo que quiere decir, pero ¿qué quiere decir?, ¿qué quiere expresar? las palabras tienen significados y aluden a referentes, ¿cuáles son los de José García? En primer lugar la lucha del escritor; en segundo, la medianía de su vida, la ausencia absoluta de lo extraordinario. ¿Será lo que la estética llama forma y contenido? Voy a hacer una trampa para que no se note la esterilidad de ideas, me detendré en algunas citas, así Josefina Vicens me ayudará a mí también.

Leo, releo los manuscritos de José García y hago un esfuerzo por ponerme teórica, cito: "¡Qué absurdo Dios mío, qué absurdo! si el libro no tiene eso, inefable, milagroso, que hace que una

palabra común sorprenda y golpee; si cada página puede pasarse sin que la mano tiemble un poco; si las palabras no pueden sostenerse por sí mismas, sin los andamios del argumento; si la emoción sencilla, encontrada sin buscarla, no está presente en cada línea, ¿qué es un libro? ¿Quién es José García? ¿Quién es ese José García que quiere escribir, que necesita escribir, que todas las noches se sienta esperanzado ante un cuaderno en blanco y se levanta jadeante, exhausto, después de haber escrito cuatro o cinco páginas en las que todo esto falta? (pp. 16,17) A partir de esta cita, podría hablar de qué es la literatura, de qué es aquello que hace a un discurso literario (literariedad, dirían los formalistas rusos). Pero ahora, me parece tan poco importante porque así como si nada, a través de la lucha de José García, Josefina Vicens me envuelve con una especie de calorito, de intimidad que no me deja decir cosas inteligentísimas y brillantes. Empiezo a sentirme acompañada en esta necesidad frustrada de ser contundente. Qué tal: el escritor desestandariza la lengua, le da una nueva significación porque reorganiza su estructura, saca las palabras del contexto cotidiano, las pule, las peina, las baña, las viste. . .

Falso. Mi tono no puede ser teórico cuando lo que tengo frente a mí es un ser humano abrumado de límites y preguntas. Y mis preguntas: ¿no que podías decir tú sola por qué te gustó tanto *El libro vacío*? ¿No que tú sí podías escribir sobre eso que llaman emoción estética?

Y aquí otra cita: "Éramos (dice José García refiriéndose a su madre) entonces demasiado reales, demasiado actuales para darnos cuenta de lo que éramos y cómo éramos." (p. 19) Y me toca hondo esta cita porque la vida diaria hace que perdamos de vista el crecimiento, los pequeños logros o el sufrimiento heroico que implica enfrentar la



lucha sin tregua que es vivir la repetición de cada día. Porque en general la cercanía nos impide ver el valor del otro, porque necesitamos la distancia para poder darle al otro su valor de sujeto; para amar la oscuridad y el resplandor de los que están aquí y ahora. Y luego cuando a fuerza de la distancia los revaloramos, resulta que casi siempre es ya muy tarde.

Y un problema más, que obviamente se liga al qué y al cómo: ¿para quién escribir? Porque uno casi nunca escribe para uno. Por más que mintamos diciendo que sí, siempre esperamos un lector, es lo mismo que la necesidad de romper el silencio. Pero para que nos escuchen o nos lean, es importante decir o escribir algo de interés para los demás. Y luego cómo decirlo, cómo hacer que las palabras no adulteren, no aminoren el contenido, la significación de aquello que nos es importante. Hay que escribir con garra, con fuerza, con estilo. Pero ¿cómo?

Se trata de lo literario ¿no? Y esto me lleva a situaciones en las que tímidamente tengo que explicar a un alumno por qué no es bueno su poema. Trato de ser discreta, de no sofocar su interés por escribir, y le digo que el poema es bonito, que algunas imágenes son acertadas, que ¡bueno! no importa tanto, pero la sintaxis. . . en fin, que hay que trabajarlo, que lo que dice ahí es algo muy personal, que la poesía, la literatura, debe tender a lo universal; y ahí el problema del arte, de su definición, de qué es y qué no es arte.

Pero basta. Esa es una situación personal. Vuelvo a José García, a su soledad frente a la blancura de la página, a la intransferible vivencia de luchar con las palabras, a la inutilidad del trabajo de escribir un libro, que se acrecienta frente al quehacer práctico, organizador de la vida diaria. La frustración, el vacío, es el resultado de tal enfrentamiento.

Y vuelvo al qué y al para quién escribir. Qué difícil para un empleado de oficina, para el jefe de una familia clase media encontrar qué decir: el asunto, el argumento que conmueva, que sacuda a su lector. ¿Dónde está lo extraordinario? ¿por qué la maravilla no irrumpe en lo mediano, en lo gris? Y aquí es donde está lo asombroso; así, como no queriendo, poco a poco Josefina Vicens nos conduce a un verdadero tratado de la condición humana.

Resumo: José García se entera de que su hijo mayor está enamorado. Este le pide hablar de hombre a hombre, y José empieza a reflexionar sobre qué es un hombre. La conclusión la va a encontrar una noche con su mujer en un restorán: llega un señor y pregunta al mesero: ¿no ha venido "esa"? Y no, no ha venido. José atento sabe cuál será el fin de la noche de ese hombre. No quiere buscarla porque el orgullo, la dignidad y todo eso que son valores se lo impiden. Pero el alcohol hará lo suyo, al rato la irá a buscar, mañana —piensa José—

sentirá muy mal, pero hoy y mañana habrá sido un hombre. (Cf. pp. 58, 59)

Hablaba yo antes del cómo. Josefina Vicens dice cómo, así, llano, sencillo; pero no por eso menos profundo. ¿Quién que se respete como ser humano no ha vivido en la contradicción? El ser y el deber ser, dirían los filósofos. De qué forma tan clara, tan natural se expresa ese sentimiento que todos hemos sentido: quiero hacerlo, pero no puedo, no debo. ¿Quién no ha intentado decir un nombre? ¿Quién no ha jurado y rejurado no volver y vuelve? Y claro, al hacerlo, uno siente la traición que le ha hecho a su dignidad, porque esas situaciones casi nunca tienen remedio. La jugada es contra uno, y entonces sentimos el desamparo adormecido de un niño bajo escombros, la conciencia es incapaz de explicar el hecho porque todo es confusión, pero los sentimientos estarán allí, a flor de piel. Mañana, sí, nos sentiremos muy mal, pero tendremos la posibilidad de reconstruimos, de quedarnos con la victoria que implica nunca más ponernos en las manos de quien no quiere o no puede amarnos. Y José García lo sabe por que tuvo un amante (¿cómo se puede llamar amante a alguien que nos hace ir en contra de nosotros, de perdemos el respeto?) y porque firmó mil despedidas y luego regresaba: al fin pudo.

¿Qué decir de los que José odia porque no son enemigos de sí mismos? ¿De los que no padecen en los laberintos de la contradicción? ¿Qué decir de la mujer de José García? Me viene a la mente Sábato, algo recuerdo de lo que dice de la mujer. Sí, dice que la mujer es la madre tierra, es la hormiga tonta pero heroica que construye su pequeño mundo de todos los días (estoy descontextualizando, porque en lo segundo incluye a todo el género humano, que me perdone, pues). Esa es la mujer de José García, abrumada por el trabajo de la casa y la educación de los hijos; la que

se ingenia para resolver los problemas del aquí y el ahora: la visita al médico, el traje que debe arreglarse; la que enfrenta con energía pero con dulzura al hijo que se ha enfrascado en una mala relación. Pero ella tampoco desconoce la condición humana, si no la reflexiona, la intuye perfectamente. El padre le pregunta:

"—¿Crees que José no volverá a ver a esa mujer?

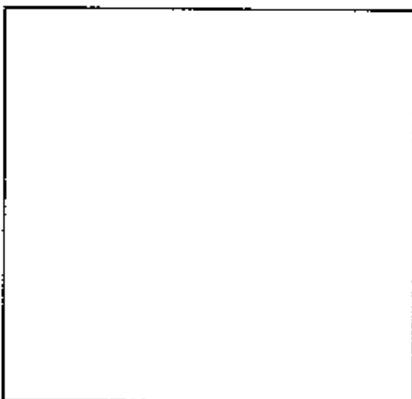
"—No, ¡qué voy a creer!; la buscará mañana mismo. No puede hacer otra cosa el pobre.

"—Pero... ¿y entonces?

"—Le volveré a regañar. Yo tampoco puedo hacer otra cosa" (p. 139)

Decía Kant que la moral corresponde al plano de lo práctico, y ahí hay un buen ejemplo.

El libro vacío es, pues, un ir y venir de la necesidad de escribir a la imposibilidad de reconocerse en el otro y a la asfixia de una vida rutinaria, iluminada a



ratos por la compra de un refrigerador, la salida a un restorán o la sensibilidad de un hijo (Lorenzo, el menor). Es la impotencia de ver pasar la vida cada vez más lejana a los sueños de la infancia, de la juventud.

Es la fantasía de dejarlo todo y huir a un lugar hospitalario donde se pueda ser, donde José García pueda dedicarse a lo suyo, a escribir. Es también la honestidad de descubrirse pequeño y absurdo, pero al mismo tiempo es la lucha

insoslayable de no traicionar la verdadera vocación, incluso por encima de los límites.

Paradójicamente, El libro vacío está lleno de significados; las luchas de José son las de todos aquellos que a pesar del tedio o la repetición buscamos la aventura que convierta la vida en algo digno de vivirse. Igual que el cuaderno en blanco de José, la vida la llenamos con frases casi siempre menores, el reto consiste en encontrar una, tal vez una sola palabra, que pueda sonar fuerte y dar sentido a la existencia.

Antes de terminar quiero decir algo en contra de José García. ¿Por qué su ironía se revierte contra él? Lo que hago es impropio, ya lo sé: una obra artística es inalterable. Pero me siento tan identificada con él que me hubiera gustado que a veces se riera, que engañara a su melancolía, que aunque fuera de cuando en cuando se sintiera auténticamente orgulloso de él, y hasta —si se pudiera— un poco alegre. ¿No se pueden combinar la sensibilidad inteligente y el sentido del humor? Claro que ésta es mi fantasía de lectora porque al libro de Josefina Vicens no le sobra ni una coma, sólo que me deja triste y con el compromiso de haber escrito lo que he escrito.

* Josefina Vicens, *El libro vacío*. México, SEP, 1986. (c1958) 230 pp. (Lecturas mexicanas. Segunda serie, 42)

